

Si fuera treinta años ántes !
Volvió los zafros Menga ,
Y reparó en los balajes
De aquella puente de plata
De mayos y navidades.
Quedóse como quien mira
Detras de una flor un áspid :
Esto digo yo por ella ,
Quedase como quedase ;
Mas claro está que no pudo
Dejar Menga de asustarse ,
Si no perdió la vergüenza
Cuando perdió los corales.
Salirse quiso, y no supo ;
Mucho fué que lo ignorase ;
Que salirse las mujeres
Es una cosa muy facil !
Sobre aquel pastel en bote
Entrambos brazos reparte,
La izquierda le cupo al suelo
Y á la derecha el hojaldre.
Que poco debió al demonio,
Pues le puso en este trance
Para tentacion un hombre ,
Y para hombre un cádaver ;
Pues cuanto Menguilla al viejo
Como mujer le tentase ,
A aquel venerable Beda
La veda lo venerable !
Si bien murmuran algunos
Que no le pesara al ángel,
Que tras el Niño Salido
Salieran los Siete Infantes.
Corrida quedó en efeto ;
Pero fué de que mirase
Tan buen encaje de punta
Tan mala punta de encaje.
Al fin, cansados entrambos
De verse y de contemplarse ,
Menga se fué á su basquiña
Y el vejete á sus pañales.

(Códice de 1646.)

1745.

(Anónimo.)

Decláreme por su vida,
Señor galan Moscatel ,
A quién enamora en casa,
Que no sabemos á quién.
Si yo soy la desdichada,
No ponga en mi su querer,
Que no ponga mas amor
Que un renegado de Argel.
Sepa, si no lo ha sabido,
Que no hay en casa mujer
Que se pique de galan,
Y mas de quien no lo es.
Gaste el tiempo en otra parte
Donde le hagan mas merced ;
Que yo como no soy reina
No sé cómo se ha de hacer.
No me ronde mas la puerta,
Por su vida, que una vez
Podrá caerse un ladrillo,
Que es muy vieja la pared.
No me sirva, por su vida,
Que es locura : ¿ no lo ve ?
Que si es Jacob en firmeza,
Yo no puedo ser Raquel.
Aunque me sirva mas años
Que vivió Matusalen,
No ha de ballar mas fe en mi pecho
Que tiene un moro de Fez.
Si amor con amor se paga,
En mi no lo puede haber ;
Que me mudo por momentos
Como gama de ajedrez.
No sea necio, por su vida,

Bendígale el cielo, amen :
¡ Qué terrible le hizo Dios
Para mano de almirez !
Quédese á Dios, que me mudo,
Y no responda al papel ;
Que es muy necio para alcalde,
Y no ha de hallar mujer.

(Maravillas del Parnaso, etc.)

1746.

(Anónimo.)

Hoy, pues estamos á solas,
Milagro es estarlo hoy,
Sin doncella escuchadora,
Sin paje murmurador,
Quintañona, dueña mia,
De sobre tocas y Don,
De medio arriba escarola,
Y de medio abajo col :
Ya pues que estamos solos
Y de mi alma cuenta os doy,
Id conmigo poco á poco,
Que breve será el sermon.
Yo soy un godó corito
Desde el cogote al talon ;
Osorio, por lo pulido,
Cerde, por lo gruñidor :
Montera fué de Espinosa
Mi madre, y fué morrion
Mi padre, en aquellos tiempos
Del caballo y el azor.
Vineme á tierras extrañas,
Porque mi hermano mayor
Fué de mis raices rio,
Y de mis muebles tizon.
Como yo me llamo Suero,
Nueve dias me tomé
Desde el vasar á la rima,
Desde la lia á la troj.
Hizo conmigo ejercicio,
Y el parentesco purgó
Tanto, que con ser su hermano
Parezco su servidor.
Escudero, que es lo mismo,
Me hizo, hágale Dios
Del parral de Peralvillo
Racimo con once y dos.
Convirtiome en pica seca,
Y obligóme á ser reloj
De badajo, en esta sala,
Y en ese patio, de sol.
Digo pues, por no cansaros,
Señora dueña de honor,
Que son para mí esos ojos
Ojos de agua y de jabon.
Ese ruan tremolante
Es de mi alma pendon,
Y yo soy el negro alferez
De la viudez del amor.
¿ Cuándo quereis, Quintañona,
Que hagamos entre los dos
Un cuerpo con dos cabezas,
Aguilas de emperador ?
¿ Dos partes y un bulto, digo,
O para hablar mejor,
Del yugo del dios bodero
Dos bestias y un chirrion ?
Dadme palabra, juradlo
Por la cruz ó guarnicion
De esta hoja del perrillo,
Que en mi liebre se volvió ;
Por la ruda sanadora
Del mal de madre que es dió,
Por el sóltano regüeldo
Y por la azotea coz.

(Maravillas del Parnaso, etc.)

1747.

(Anónimo.)

Suero sois el escudero ;
Mas buscad otra invencion
Con que tengais mas sustancia,
Que no os diré yo que no.
Dueña soy ; pero si dueño
Tuviere mi pozo Airon,
Que sea escudero á secas,
De peste le tenga yo.
Escuderos sin sustancia
Son candelas sin farol :
Cualquier viento las apaga,

Mueren de cualquier baldon.
Aquilones racionales
Los llamó Don Galaor,
Y bestias por fuerza atadas
Al yugo de la racion.
En la nuez de mi garganta
Pruebe la muerte su hoz,
Si diere mi Vellochio
A un escudero Jason.
En esto al torno llamaron :
La Quintañona se entró,
Y el Suero acedo se puso,
Que es vinagre un disfavor.

(Maravillas del Parnaso, etc.)

SECCION DE ROMANCES VARIOS PICAESCOS.

1748.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Así el glorioso San Roque
Las dé licencia á las secas
Para que tenga algun hombre
Necesidad de tus letras,
Y así hagan sus oficios
Este agosto las vadeas ;
Llueva el cielo tabardillos,
Dolor de costado y lepra ;
Y así para que te llamen
Los que de tí no se acuerdan,
No haya otro médico vivo
De todos cuantos pelean :
Que te olvides por un rato
De las cosas que te cercan,
Mientras de mi triste vida
Te doy una larga cuenta.
Un ahito de fregonas,
Digo, de damas de cerda,
Me tiene, amigo dotor,
Entrambos piés en la huesa.
Quise atreverme á una dama :
¡ Ojalá no me atreviera !
Que al criado con ponzoña
Le mata la salud mesma.
De pecadoras de viejo
Quiso subir mi soberbia
A oficiales de obra prima
Del arte de las ofensas.
Tuve ventura con una,
Dormí con ella una siesta ;
Pienso que me probó el manto
Como á otros la extraña tierra.
Alzaba yo sayas mudas :
Cuando las alcé de seda,
No pensé volver en mí
Viendo faldas tan parleras ;
Y como yo estaba hecho
A ver las piernas en piernas,
Pensé que era carne azul
Lo que eran azules medias.
Seis puntos solos calzaba ;
Yo hecho á patas inmensas
Por los piés la preguntaba,
Como si no los trajera.
Hízoseme novedad
Ver carnes lisas y tersas,
Hecho á unos cuerpos de dura,
U de zapa, ú de vaqueta.
De azogue son sus pedazos,
Siempre en ellos se menea :
Bien se la entiende del sexto,
Bien la lujuria maneja.
Fuera de comer, mi boca
Solo el besarla desea,
Pues me la suele tener

Muda por sobra de lenguas.
Continuo peca con galas,
Cosa que á todos alegra,
Pues va cargado de brincos
El pecado en que ella peca.
¡ Mal haya yo que gasté
Mi vida en jugar á ciegas
A lo de maricastaña
Por el libro de mi aldea !
Besaba á lo mazorril
Un beso con castañetas,
Abrazaba en empujon
Martirizando caderas :
Eranme pueblos en Francia
Lo que se llama gatesca,
Siendo lugares que pasa
A Italia el que el blanco yerra.
Con estas cosas, doctor,
Y estas Indias descubiertas,
Me siento d'ella picado
Idólatra de sus rejas.
No te pido que me cures,
Pues te doy por malas nuevas,
Que no me puedes matar
Porque ya me ha muerto ella.
Solo pido que así Dios
Te deje poblar iglesias,
Y San Anton á tu mula
Del fuego suyo defienda ;
Y así duren cien mil años
Tus guantazos en conserva,
Que mires qué nombre puso
A aqueste mal Avicena ;
Que yo pienso que mi muerte
Fué errarme la cura negra
Curándome por martelo
Lo que eran arrechevas.
Míralo, dotor amigo :
Así á poder de recetas
Ganes, matando á los moros
Por zancarron, honra en Meca.

(Códice del siglo xvii.)

1749.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Antoñuela la pelada,
El vivo colchon del sexto,
Cosmógrafa que consigo
Media á estados el suelo ;
La que tan interesada
Elegió por juramento,
Por no dar nada de gracia,
Esto de... ¿ á mí que las vendo ?
La que en un zas de mantilla,
Y en un calar de sombrero,
Al talego mas hinchado

Le volvia en esqueleto :
Dejo los lagues, y digo,
Por no echar por esos cerros,
Que era virtud su ganancia,
Pues consistia en el medio.
Nunca les pidió prestado
A sus tios ni á sus deudos;
Que por no torcer su brazo
A torcer daba su cuerpo.
Sin ser Antonia cobarde,
Ha dado en decir el pueblo
Que tuvo mil sobresaltos
Sin ser de susto ni miedo;
Por ser tan caritativa
Dicen que se va al infierno,
Y que se va por lo suyo,
Como otros por lo ajeno.
Es por sus pasos contados,
Aunque son pasos sin cuento :
Mas echada que un alano,
Mas hojeada que un pleito,
Mas arrimada que un barco,
Mas raída que lo viejo,
Mas tendida que una alfombra,
Mas subida que los cerros.
Mas flacá que olla de pobre,
Mas desgarrada que el mismo
Mas, por todos estos mases,
Que en la Pelada es lo ménos.
Por ser ella tan liviana
(No me admiro del exceso),
Desde su casa en la cárcel
Con un soplo la metieron.
Entró saludando á todos;
Mas sus saludes no entiendo,
Que solo ella en un verano
Pobló el tribunal de enfermos.
Asentáronla en el libro;
Y no hicieron poco en esto,
Porque esta es la vez primera
Que Antónuela tuvo asiento.
Al tomarla el escribano
Confesion de lo que ha hecho,
Ella niega á piés juntillas
Lo que pecó á piés abiertos.
Envíanla á la galera,
Dándola un jabon por remo,
Porque lave de los pobres
Lo que ensució en otro tiempo.
Salieron á recibirla
La Mellada y la Cabreros,
Marcas viejas, que ellas mesmas
Al diablo se dan por tercios.
De no usarse la Pelada
Se opiló luego al momento;
Que es para ella comer barro
Cualquier ejercicio honesto.
Envíanla á Anton Martin,
Donde yace, y donde creo
Que purga la humana escoria
En una fragua de lienzo.

(Códice del siglo XVII.)

1750.

EL ERMITAÑO Y LA SANTERA.

(De Don Francisco de Quevedo¹.)

Madre, asperísima sois :
Por de dentro y por de fuera
Toda rallo y cilicios,
Toda disciplina y jerga;
Nunca levantai la cara,
Como si la cara fuera
Algún falso testimonio,
Qu'en levantarle se peca.
Dadme orejas, madre mia,
Pues no hay pecado de orejas,
Mientras mi vida y costumbres

A voces derramo en ellas.
Soy ermitaño montés,
Y por huir de una suegra,
Mas que con mi mujer propia
Quise vivir con las peñas.
Supe de todo en el siglo,
Y memorias hechiceras
Me hacen gestos desde el alma,
Que de los que vi me acuerdan.
Mis deseos se han mezclado
En el cilicio á las cerdas,
Y mi pensamiento mismo
Se ha vuelto mi penitencia.
No dejo la soledad
Por codicia ni soberbia :
¡Sabe Dios que no codicio
Ni dignidades ni rentas!
Motin de la humanidad,
Que aunque flaca se espereza,
Y naturales cosquillas
Me punzan y no me dejan;
Y como mi condicion
Ha sido siempre sujeta
A femina mas que á maribus,
Conjugar también quisiera.
Carnicero es mi apetito :
Todas mis culpas se encierran
En el pecado de carne,
Aunque algunos huesos tenga.
Para pecar con la carne,
Nunca llegó á mi conciencia
Ni ayuno, ni obligacion,
Ni vigilia, ni cuaresma;
No sé qué es pecar de viérnes :
Ninguna ofensa de pesca
Me tiene el demonio escrita
En el libro de mis cuentas.
Empeñada tengo el alma
Sobre la mujer ajena,
Si hay alguna en estos tiempos
Que para alguno lo sea.
No habrá mujer que se alabe
Que ha podido ser tan fiera
Que haya vencido mis brios
Y acobardado mis fuerzas.
En tiempo de carestia
No las tengo reverencia
A las venerables canas
De las mas pasadas viejas;
No reparo yo si es limpia
La hermana que me recrea,
Que no es hábito el pecado
Para mirar en limpiezas.
No he menester perejiles
De rosas, ligas ó medias;
Que yo doy por recibido
Todo lo que no son piernas;
Pero lo que mas me enfada
Es lo de bocas pequeñas;
Que como á mí no me pida,
Aun la de un alnife es buena.
A los ojos matadores
Temo, madre reverenda,
Por no gastar en difuntos
Todo el resto de mi hacienda.
Solo cabellos de oro
Quisiera ver en mi reina,
Pues con solo trasquilarla
Remediara mi pobreza.
No hay viuda que yo no busque
Por mas qu'en tocas se envuelva;
Que gustos tintos me agradan
Entre aquellas faldas negras.
Andome tras las casadas,
Para ver cómo se engendra
En ausencia del marido
El cristal de las linternas.
Doncellas, no sé qué son,
Porque me contó una vieja

Que ya son solo en los cuentos
Fruta de «érase que se era».
Ansi, madre, que si Dios
No hubiera criado hembras,
En soledad y oracion
Buscara la vida eterna.
La Santera, que leyó
Lo interior de mi conciencia,
Me respondió d'esta guisa;
Oiganlo pues las santeras :
—¡Mal hubiese el ermitaño
Que olvidó entre todas esas
Los deseos estantios
De una ermitaña manchega!
¡Qué os han hecho las beatas?
Mujeres somos como ellas :
Cuerpos cubren estos sacos,
Carne y huesos estas cerdas;
Los hombres nos engendraron,
No hay ya quien nos aborrezca,
Que la mujer en ermita,
Aunque esté en ermita, es hembra.
La culpa tiene el desierto
De lo qu'estos miembros huelgan :
¡Bien sabe alguno que pudre,
Que saben lo que se pescan!
No crea, hermano, el sayal
De las santas comadreras,
Pues debajo hay al, en donde
Los reconcomios se ceban.
Entremos en mi aposento,
Dijo, y abriendo la puerta
Uno sobre otro estuvimos
Por ser angosta la celda.
Ella como mas humilde,
¡Ved qué virtud tan inmensa!
Se quiso poner debajo
D'este indigno que lo cuenta.
Tras darnos golpes de pecho
Descargámos las conciencias,
Y nos quedámos dormidos
Hasta qu'el sol dió la vuelta.

(QUEVEDO, Obras.)

¹ Este romance, impreso ya en las obras de Quevedo, se ha reformado y añadido, teniendo á la vista un códice del siglo XVII, donde su primer verso dice : ¡Oh, qué áspera sois, mi madre!

1751.

MARICA EN EL HOSPITAL.—I.

(De Don Francisco de Quevedo¹.)

Tomando estaba sudores
Marica en el hospital;
Que el tomar era costumbre,
Y el remedio es el sudar.
Sus desventuras confiesa,
Y los hermanos la dan,
A culpas de Escarramanes,
Penitencias de ay, ay, ay.
Lo español de la muchacha
Traduce en frances el mal²,
Cata á Francia, Montesinos,
Si te pretendes pelar.
Por todas sus coyunturas
Anda encantado Roldan;
Los doce pares y nones
No la dejan reposar.
Por no estar á la malicia
Labrada su voluntad,
Fué su huésped de aposento
Anton Martin el galan.
Sus ojos son dos monsiures
En limpieza y claridad,
Que están llorando gabachos
Hilo á hilo sin cesar.
Por la garganta y el pecho
Se ve, cuando quiere hablar,

Muchos siglos de capacha
En pocos años de edad.
Las perlas almorzadoras³,
Y el embeleco oriental
Que atarazaban las bolsas,
Con respeto muerden pan;
Su cabello es un cabello⁴,
Que no le ha quedado mas,
Y en postillas y no en postas
Se partió de su lugar.
Dos labios de coral niegan,
Secos, su púrpura ya;
Ni de coral tienen gota,
Mucha, si, gota coral.
Las gangas que ántes cazaba
Las vuelve agora al garlar,
Y su nariz y su boca
Trocaron oficios ya.
En cada canilla suya⁵
Un matemático está,
Y anda el pronóstico nuevo
Por sus huesos sin parar.
Desde que salió de Virgo
Vénus entró en su lugar,
En el Cáncer sus narices
Y en Géminis lo demas.
Entre humores maganceses
De maldita calidad,
Y dos viejas Galalonas
Fué puesta en cautividad.
La grana se volvió en granos,
En flor de lis el rosál,
Su clavel zarzaparrilla,
Unciones el soliman.
Tienen baldados sus huesos
Muchachos de poca edad,
Hombres malvados de vida,
Mucho don, y poco dan.
Estas son pues de esta niña
Las partes y calidad,
Archivo de todo achaque
Y albergue de todo mal.
Las que privais en el mundo
Con el pecado mortal.
Si no perdeis coyuntura
Las vuestras se perderán.

(QUEVEDO, Obras de. — II. Romances varios de diversos autores.)

¹ En este romance, con sus acostmbrados equívocos y alusiones de doble sentido, se propone el autor describir los efectos que produce el mal que adquieren las prostitutas. Para eso supone á Marica llevada á Anton Martin, que es el hospital adonde en Madrid los frailes de San Juan de Dios curaban el mal venéreo.

² Desde aquí alude y remite á los franceses el origen del mal que padece Marica.

³ Indica que se le mueven los dientes, que en su lenguaje llaman los poetas perlas.

⁴ Porque en la cura del mal venéreo se cian los dientes y los cabellos, supone que solo le quedó uno, y que por eso se podrá decir que solo le quedó cabello y no cabellos.

⁵ Alude á que los dolores que quedan se sienten mas en las mudanzas atmosféricas por los que sufren este mal y los vestigios que deja.

1752.

MARICA EN EL HOSPITAL.—II.

(De Don Francisco de Quevedo.)

A Marica la Chupona
Las goteras de su cama
La metieron la salud
A la venta de la zarza.
Es moza, mas de caballos
Ingleses de mala casta,
Por los relinchos, dolientes,
Y por las cernejas, plagas.
Ningun ginete de tantos
Como ha tenido, la llama

Manda potros, y da pocos,
Aunque no cumple palabra.
Parece pues que anduvieron
Su tono oliendo y su habla
Las gangas á caza d'ella,
Como ella á caza de gangas.
Su casco es terciopelado,
Pues tercera vez la rapa
Tonsura de Anton Martin,
Monsiurísima navaja.
Un Don Crispin Garabía,
Bribon de sopa de panza,
Tan amante que por ella
Se las pela, y son las barbas.
Sin otros melindres tiene
La nariz escarolada,
Por falta de las ternillas
Hechas balcon las ventanas.
Sobre quién la pegó á quién,
A fuer de podridos, andan,
El con humor de gabachos,
Y ella Lázaro con llagas.
Condenados tiene á dos
A circuncision cristiana,
Con lamparones de abajo
De Caranchel de Francia.
Dicen qu'el signo de Cáncer
El apatusco la masca,
Y á melon se le condena
Por no decir á tajadas.
Pues siempre se echó en mullido
Y en echarse ha sido larga,
No ha perdido la salud
Por corta ni mal echada.
Los reverendos jarabes
Que de canónigos campan
Por magistrales, la tienen
Muy prebendada de bascas.
Mas gomas que las valonas
En sola su frente gasta,
Y dice que son chichones,
Cayendo siempre de espaldas.
Ayer se descalabró
Las muelas en unas pasas,
Y en un bizcocho sus dientes
Como en pantano se atascan.
La vida de la pobreta
Ha sido juego de damas,
Ocupada en tomar piezas
Andando de casa en casa.
Resfrióse de enfaldarse
Muy á menudo las sayas;
De cubrirse y descubrirse,
Siendo cosas tan contrarias.
A la opilacion se acoge
Porque no la den matraca;
Y es verdad, que se opiló
De comer tierra con bragas.
Jura que ha de poner tienda
De achaques, si se levanta:
¡Ojo avizor, que hallarán
Al primer tapon zurrapas!

(QUEVEDO, *Obras*, fol. 423.)

1755.

FIN DE LA CORTESANA.
(Anónimo.)

La Chaves que hizo en Segovia,
Sin artificio ni ingenio
Un mes que se batió el cobre,
Mil reales, juntando medios;
Y la que en Toledo supo
Sin la costa de Juanelo
Llevar agua á su molino
Con los mismos instrumentos;
La Ginovesa en Madrid,
Que lleva ciento por ciento,

Pues de prestar cuatro cuartos
Eran otros cuatro el premio;
Huésped en Anton Martin,
Achaques dará en un lecho,
Sacados de la pasion
Que tienen tantos enfermos.
Es su mal un resfriado
Causado de dos extremos:
De haberse cubierto mucho,
Sobre haberse descubierto.
De unos verdes que se dió
Andando á la flor del berro,
La condenaron á zarza,
Y en el espina la han puesto;
Pero fian de su vida
Tan fallida ya, que entiendo,
Que la presa que hizo en carne
La paga en dolor de huesos.
Tendida, mas no de gusto,
Teme arrugarse creciendo;
Que doblará el sacristan
Si no hay cara de provecho.

(Romances varios de diversos autores, pág. 258.)

1754.

INESILLA DE SEGOVIA.

(Anónimo.)

Inesilla de Segovia,
Y de todo el mundo, aquella
Hembra mala para macho,
Porque de vicio se echa,
Descubierta por el aire,
Y por el humo revuelta
De un manto, que con el tiempo
Se hizo pedazos por ella:
Al Prado salió celosa
A ver cuyo, cuyo era
Perote, que deposita
En otra alma sus potencias.
Corrida y desesperada
Teme que Juanilla, aquella
Primavera de Madrid,
Otoño de su uva sea.
Era Perote dispuesto
Para alcanzar cualquier hembra:
Su trato en lo pegajoso
Era liga, y la edad media;
En su cabeza las mozas
A las damas siempre juegan;
Que son las hebras del pelo
Una blanca y otra negra.
En lo crespo y lo velloso
Es todo una cabellera;
Mas ¡qué mucho, si de noche
De una cuadrilla es cabeza!
Descubrióse, y profanando
Los aires sin reverencia,
Estas palabras deshizo,
Porque las traía hechas:
—Hanne dicho, seor Perote,
Que comedias representa:
Conmigo hace las jornadas
Pero con otras las cenas,
Y que gasta generoso
En almuerzos y meriendas,
En otra parte guisados
Y aquí solo las crudezas.
¿Olvidase ya que soy
Prenda suya? ¿No se acuerda
De que tiene puesto todo
Su caudal en esta prenda?
—No hable mas, respondió Pedro,
Que estas voces mal me suenan;
Que siendo dulces, son cauto,
Y en lo quejoso son piedra.
Mintiótelo alguna amiga
Vizcaina ó irlandesa;

Que quien tales cosas dice
No puede ser buena lengua.
No es nueva en ti esa porfia;
Sin duda quieres que crea
Que el Evangelio me dices,
Pues me predicas por tema.—
En esto llegó Juanilla,
Tiró al hombre, y desatenta
Dijo: — Yo he de desatalle
D'esta loca ó d'esta cuerda.
Salga de ahí la atrevida;
Vaya á barrer la muy puerca
Los cuartos de en cas su ama,
No los de esa faldriquera.—
Inesa dijo furiosa,
Juanilla, la voz increspa,
Y dice: — Rota señora,
Mal tapada y bien cubierta,
¿No soy yo para querida,
Y tan buena como ella?
¿Dios no me ha dado una cara?
—Y aun dos, la respondió Inesa.
—Ella sola es la fingida,
Replicó la otra, pues muestra
Estar por arte cerrada,
Siendo por natura abierta.
¿No sabe que es una fácil?
¿No entiende que es una fiera,
Y que amor á ese pobrete
Con ella le dió culebra?—
Fuése, quedando Inesilla
Por maestra de la escuela:
A Pedro le dió una mano,
Y al Prado le dió una vuelta.

(ALFAY, *Poesías de grandes ingenios*, etc.)

1755.

REFIERE SUS AVENTURAS UNA DAIFA.

(Anónimo.)

Escuchadme atentas, chulas,
Las del germanillo trato,
Las de todo y las de rumbo
De donaire y garabato;
Las que siempre rozais seda,
Si lo vuestro no anda malo:
Escuchad á una mujer
Sus tramoyas y trabajos;
Yo nací dentro en Sevilla
De padres nobles y honrados:
Era la luz de sus ojos,
Y alivio de sus trabajos:
Era chiquita y bonita,
De donaire y garabato;
Fui creciendo con el tiempo,
Llegué á tener quince años,
Y se enamoró de mí
Un hijo de un venticuatro,
Que en término de seis meses
Me dió mas de mil ducados.
Se remediaron mis padres
Sin preguntar el milagro.
Era mi calle de noche
Galería de mil tragos,
Y á veces coro de monjas
Cuando cantan á lo bravo.
Me dió libertad el mozo,
Y en mi casa iban entrando:
A los ricos admití,
Y á los pobres hablé claro;

Y viendo que no acudía
El hijo del Venticuatro,
Yo recibí en mis entrañas
Un bello napolitano,
Que con el trato y el tiempo
Vine yo á quererle tanto
Que olvidé mi casa y patria,
Bienes, hacienda y regalo.
Fuíme á Nápoles con él,
Adonde estuve seis años,
Y en este tiempo adquirí
Mas de doce mil ducados;
Mas por un cierto mozo,
Que por mi ocasion mataron,
Que se alabó en un corrillo,
Que cierto perro me ha dado,
Usurpáronme mis bienes,
Y á la cárcel me llevaron,
Desterrándome del reino
Por término de tres años.
Fuíme á Génova la bella,
Pero como allí no hay trato,
Porque habia muchas chulas,
Y no se ganaba un cuarto,
Me partí á Barcelona,
Adonde me estuve un año,
Usurpando lo perdido,
Y aumentando lo ganado.
Partime para Madrid,
Y allá en la calle del Prado,
Porque me dicen que aquellos
Eran los mejores barrios,
Recibí una mujer vieja
Y un escudero barbado.
Ella trae monjil y toca,
Gordo rosario en la mano;
Yo la llamaba mi madre,
Sin que me hubiese criado.
Dióme á conocer las chulas,
Los traineles y chulamos,
Corchetes y agarradores,
Y toda gente del trato;
Dióme á conocer las damas,
De estas que lo están ganando:
Unas me daban consejos,
Y otras me dan parroquianos;
Mas como siempre estas viejas
Hablan un poquillo alto,
La despedí de mi casa
Y de hacer embrollas trato;
Que es andar de casa en casa
Mis virtudes publicando.
En una echaba las habas,
Y en otras conjuros hago,
Y con pucheros de tierra
Pasé yo mas de diez años,
Y al cabo de aqueste tiempo
Di en la cama un barquinazo:
Acabóseme mi hacienda,
Y al hospital me llevaron.
Abra toda chula el ojo,
Mire que el mundo es voltario,
Y si se viere bien puesta
Retírese y haga alto.
Pasará mejor la vida
Que la que lo está contando,
Una hija de Sevilla,
En el hospital penando
Que dicen de Anton Martin,
Por ser el mas afamado.

(Romances varios de diversos autores.)